

1

2041

Agosto de 2041

Gordo Alonzo y Thandie Jones habían preparado un helicóptero para llevar al grupo del *Arca Tres* de vuelta a la recortada costa de Colorado. A todos ellos menos a Grace Gray, que no iba a ninguna parte.

Grace, a quien Gordo Alonzo sujetaba con fuerza del brazo, observaba cómo el pájaro descendía sobre Cripple Creek y desperdigaba algunas de las chabolas más endeble que poblaban las estrechas calles. El lugar había sido en su día un poblado minero y después un gancho para turistas. Ahora, en la era de la inundación, con el mar que había barrido Estados Unidos bañando las montañas Rocosas, gente sin hogar acampaba en las calles, en los aparcamientos y en los patios delanteros de gasolineras abandonadas; y una ciudad de tiendas de campaña y chabolas se extendía más allá del corazón del viejo asentamiento. La población no parecía tener miedo del descenso del pájaro. Simplemente se apartaron, arrastrando consigo sus mantas y sus cartones.

Thandie llevó a los del *Arca Tres* al interior del helicóptero: Lily Brooke, Nathan Lammockson y el marido de Grace, Hammond, hijo de Nathan, de treinta y cinco años, gordinflón y resentido. Grace se quedaba allí con Gordo Alonzo para que la llevaran a Proyecto Nimrod, al *Arca Uno*, significara lo que significara eso. Hammond ni siquiera se dio la vuelta para mirarla.

Gordo, sin embargo, le hablaba sin parar.

—Sabes, algunas partes de este anegado planeta han vuelto a la Edad de Piedra. Pero este es el distrito del NORAD. Uno de los pocos lugares del mundo donde los helicópteros son algo común. Por eso la gente no se asusta al verlos. Y créeme que hacemos cosas mucho más exóticas que pilotar helicópteros. Ya lo verás...

Quizá, a su manera, lo que intentaba era tranquilizarla.

Gordo James Alonzo había sido astronauta. Ahora tenía unos setenta y tantos años y estaba calvo, pero seguía igual de erguido y en forma, con el mismo aspecto intimidante y los mismos ojos azules llenos de vida como hacía diez años cuando había aparecido con Thandie Jones en un campamento de la Ciudad Caminante, cuando Grace solo tenía dieciséis años. Bueno, en aquel entonces, Gordo llevaba puesto el uniforme del Ejército estadounidense, y ahora iba vestido con el uniforme azul de las

Fuerzas Aéreas. Pero nada de eso importaba a Grace. Él era el vestigio de una época que ella nunca había conocido, tan ajeno a ella como la gente rica del arca de Nathan.

Grace había pasado la mayor parte de su vida viajando con la Ciudad Caminante, quince años andando con su casa a cuestas, como si fuera un caracol o un cangrejo ermitaño. La época anterior a ese hecho, cuando tenía menos de cinco años y era una prisionera mimada de la familia de su padre en Arabia Saudí, era una imagen borrosa, irreal, como los años que había pasado más recientemente en el trasatlántico de Nathan como prisionera, pero de otro tipo. Ahora aquí, una vez más, pasaba de las manos de un extraño a las de otro.

Solo caminar era real, pensaba ella a veces. El pasado, el futuro, el inmenso cataclismo que estaba sufriendo la humanidad, nada de eso importaba si lo único que en realidad uno podía hacer en el mundo era poner un pie delante del otro, día tras día, kilómetro tras kilómetro. Podría irse. Marcharse con nada más que la ropa que llevaba a la espalda, como había ocurrido con la Ciudad Caminante. Pero ahora tenía a su bebé creciendo dentro de ella, un bebé que ella no había querido de un «marido» al que odiaba, pero suyo a pesar de todo. No quería llevar el embarazo ella sola.

—Se están elevando —dijo Gordo.

El viento de los rotores azotaba el rostro de Grace. Lily Brooke sacó la cabeza del helicóptero y la miró fijamente. Y moviendo solo los labios pareció decirle «perdóname». Entonces Thandie tiró de ella hacia el interior de la máquina y el pájaro subió suavemente.

—¿Estás bien?

Grace estaba enfadada consigo misma por mostrar debilidad, enfadada con Lily por haberla manipulado y abandonado.

—¿Tú qué crees? —le espetó ella.

Gordo se encogió de hombros.

—Te han dejado aquí para que tengas la posibilidad de entrar en el *Arca Uno*. Una oportunidad para llevar una vida mejor que la que cualquiera de ellos tiene ahora por delante, sobre todo si es verdad lo que dicen de que su barco se ha hundido.

—Ni siquiera sé qué es el *Arca Uno*.

—Lo sabrás.

—No volveré a verlos nunca más.

—Supongo que no.

—Una vez más sola, con extraños.

Él suspiró, echó hacia atrás su gorra de plato, y se rascó la cabeza.

—Igual que todos nosotros. El mundo entero está fastidiado, niña. Al menos aquí podemos hacer algo. —Miró a su alrededor. El polvo que había levantado el helicóptero ya se estaba asentando y la gente sin hogar comenzó a volver al lugar que habían despejado, como agua que se acumulaba en una hondonada. En unos minutos no quedaría señal alguna de que un helicóptero había descendido en ese lugar—. Bueno, ya está. Vamos, te sacaremos de aquí.

Él le soltó el brazo y atravesó la ciudad en dirección a los coches que esperaban.

Ella lo siguió. No tenía elección.

Subieron a un todoterreno y el convoy partió con un suave runrún de motores eléctricos. Aquella pequeña flota de coches, con los logotipos del Departamento de Seguridad Nacional y del Ejército de los Estados Unidos, había traído aquí a la tripulación del *Arca* desde la costa. El convoy enseguida se dividió; los coches se separaron, dejando que el vehículo de Gordo y otro más abandonaran la ciudad dirigiéndose a ritmo constante hacia el norte, y bordeando las laderas de Pikes Peak.

Gordo iba sentado con Grace detrás de una joven uniformada que conducía el todoterreno. Él señaló hacia delante; la carretera era un buen camino a través de las montañas.

—El trayecto durará unas horas. Esto es la montaña, las montañas Rocosas. Estamos siguiendo la antigua carretera estatal hasta la US 24 en Divide, desde donde nos dirigiremos hacia el oeste. Giraremos en dirección norte en Hartsel y nos dirigiremos hacia Fairplay, y estaremos entonces a solo unos kilómetros de Alma, que está al sur de Hoosier Pass.

—¿Es ahí adonde nos dirigimos? ¿A Alma?

—Solo es un pueblo minero. O lo era. No sé si estos nombres te dicen algo.

—Nunca hemos hecho ese trayecto.

—Ah, con tu grupo de Oklahoma.

—La Ciudad Caminante. Teníamos mapas de los tiempos pasados. Pero en el *Arca Tres* había mapas informatizados. Y actualizados. —Los mapas generados por el ordenador del barco que mostraban las consecuencias de una inundación que ahora se acercaba a los mil ochocientos metros sobre el nivel del antiguo mar, mapas del archipiélago que era un vestigio de los estados de las montañas Rocosas—. La inundación comenzó justo cuando nací yo. No recuerdo cómo solía ser este país.

Siempre había que explicárselo a la gente mayor, que se aferraba a imágenes de lo que una vez fue.

Cuando llegaron a Divide, vieron que simplemente era otro pueblo. Fuera lo que fuera lo que había sido antes de la inundación ahora estaba atestado de postergados como ocurría en los demás sitios. Una malla metálica cercaba la carretera. Mientras pasaba el pequeño convoy, la gente salía de sus cabañas y tiendas para mirar. Grace vio que los soldados que iban en el todoterreno de delante iban armados.

Los dos vehículos se dirigían a ritmo constante en dirección oeste, a través del Ute Pass que medía más de nueve mil pies de altura, según Gordo. Todo parecía reducirse a pies, pulgadas y millas con Gordo el astronauta. Gary Boyle, el científico que la había criado le había enseñado a medir su mundo en metros y kilómetros.

Las montañas tenían un aspecto desnudo y pardusco. Hacía años que no nevaba en ese lugar. Mientras atravesaban una diminuta comunidad llamada Florissant, Gordo le hablaba de un parque de fósiles que estaba cerca, lleno de secuoyas petrificadas de más de treinta y cinco millones de años de antigüedad. Ahora, decía él, en él hay más gente que fósiles.

Entonces, en Wilkerson Pass, se abrió ante ellos la visión de los altos prados de South Park, y la carretera parecía continuar por aire.

—Dios mío—dijo Gordo de repente—, mira qué vistas. Sabes, no me entra en la cabeza que algo así pueda quedar anegado por una milla de jodida agua salada. Supongo que por eso trabajo con tanto ahínco en Nimrod, para intentar salvar algo de esto, la esencia al menos. Balancearse de un lado a otro en una balsa que se cae a pedazos no será lo mismo.

Grace se lo quedó mirando. La mujer que iba al volante mantenía la mirada fija en la carretera, como si no hubiera oído su arrebato.

Gordo se relajó y se rió de sí mismo.

—Lo siento. ¿Me estoy comportando como un guía turístico?

Ella frunció el ceño.

—No sé qué es eso.

—Está bien. Me han dicho que eres una princesa.

—A mi madre la violó un príncipe saudí durante su cautiverio. ¿Eso cuenta? Si es así, sí soy una princesa. Y usted fue astronauta.

Él asintió con su cabeza con forma de bala.

—Supongo que lo sigo siendo, si sigo tu razonamiento. Volé al espacio una vez, a la EEI.

—¿Adónde?

—A la estación espacial. —Señaló el cielo—. Pero después de eso, mi carrera profesional se jodió por culpa de la inundación. Bueno, aunque me vea obligado a quedarme en tierra, aquí he encontrado algo que merece la pena hacer.

—No tiene nada que ver conmigo. Y yo no lo pedí.

—Puede que no. Pero nosotros tampoco te buscábamos. Mira, están llevando a cabo un proceso de selección para recién llegados al proyecto. Como dijo Thandie en Cripple Creek, eres en verdad mejor candidata de lo que habría sido tu marido, respecto a los criterios de Nimrod. Has mostrado que tienes habilidades propias para la supervivencia. Lo he visto con mis propios ojos. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—Bueno, de la tripulación serás una de los mayores, si lo logras. ¿Alguna creencia religiosa?

—En la Ciudad Caminante había curas, rabinos, imanes...

—No me refería a la Ciudad Caminante. Me refería a ti.

—No. No soy religiosa.

—Muy bien. Los ingenieros sociales están intentando que la tripulación sea una sociedad totalmente laica. Ellos creen que minimiza las posibilidades de divisiones y

conflicto. Bueno, lo iremos viendo. Y por cierto, Thandie tenía razón cuando dijo que a los seleccionadores les gustan las mujeres embarazadas. Con una mujer encinta a bordo tienen dos conjuntos de genes en uno. Lo tuyo será más fácil.

—Lily Brooke lo planeó así —dijo Grace, mientras sentía cómo la invadía de nuevo la amargura. Había dilucidado aquello durante las horas posteriores al momento en el que dicha mujer la había entregado a Gordo, había revaluado todo lo que le había ocurrido durante los últimos meses y años en el *Arca Tres*. Todo había sido manipulación de Lily—. Ella amañó mi relación con Hammond para que Nathan me tratara con favoritismo. Incluso creo que me programó el embarazo para que así tú marcaras otra casilla en tu tabla.

—Y lo hizo por...

—Lily estuvo cautiva con mi madre. En Barcelona, España. Yo nací allí, en un sótano, con mi madre esposada a un radiador. Lily se siente obligada por eso.

—No le estás muy agradecida.

—Lily me controla. ¿Quién querría eso?

Él hizo un gesto con la mano.

—Bueno, nada de eso importa ahora. No volverás a verla nunca más. Estás aquí, esta es la situación a la que te enfrentas, comoquiera que llegaras aquí. Lo único que importa es adónde te diriges.

—¿Y si decido no acceder a su proyecto?

—Entonces no podrás quedarte con nosotros. Ni tú ni tu hijo. No podemos alimentarlos.

Atravesaron un último pueblo, Fairplay, donde un museo al aire libre de viejas estructuras de madera de los campamentos mineros había sido colonizado por los refugiados. Gordo dijo que el museo había sido mucho más extenso, pero la madera era un bienpreciado.

Entonces siguieron las señales hacia Hoosier Pass por una carretera en buen estado, hasta que entraron por fin en Alma. Detrás del lugar surgía una enorme montaña llamada Mount Bross, en cuyas laderas se extendía un bosque de pinos, deteriorado ya por la tala de sus árboles. Originariamente, el pueblo era poco más que un puñado de edificios en forma de bloque a cada lado de la carretera, agrupado entre oxidadas señales de límite de velocidad. Pero se habían añadido unas instalaciones más nuevas y amplias alrededor de lo que ya había, unos bloques de cristal y hormigón desnudo.

Los coches salieron de la carretera y tomaron una pista de tierra; se detuvieron delante de un bloque anónimo. Sobre una pesada puerta de metal había algo pintado con una letra clara: «Génesis 11, 6. Nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer». Por extraño que pareciera, delante de la puerta había un columpio de metal y plástico brillante.

La conductora salió para abrir la puerta de Gordo, a quien saludó enérgicamente.

Este llevaba un móvil pegado a la oreja.

—Eh, Holle. Qué bien que te pillo. ¿Te importaría salir fuera? Hay alguien a quien quiero que conozcas. —Guardó el teléfono—. No parece mucha cosa, ¿verdad? Pero recuperamos muchas de las instalaciones que la NASA tenía en Houston. Centros de control, de comunicaciones, de entrenamiento. Hay incluso un pequeño reactor nuclear. Lo trajimos todo hasta Alma, un pueblecito minero. ¿Y sabes por qué? Porque Alma, que está a diez mil trescientos sesenta y un pies sobre el nivel del antiguo mar, es el municipio más alto de Estados Unidos.

La conductora, una mujer no mucho mayor que Grace, dijo:

—En realidad, eso no es del todo cierto. Mi madre nació cerca de aquí y dijo que ahora el título lo ostenta Winter Park...

Gordo hizo un gesto con la mano para quitarle importancia a ese comentario.

—Lo único que Winter Park tiene por encima de Alma son sus telesillas, así que al diablo con eso, Cooper.

—Lo siento, señor.

—Grace, a veces el Gobierno funciona de forma sencilla. Los que toman las decisiones querían que este complejo sobreviviera el máximo tiempo posible, por muy mal que se pusiera la inundación. Así que ¿dónde construir? Uno va al libro de registros y busca el pueblo más alto de Estados Unidos y por esa razón una parte importante del proyecto federal más caro desde el traslado a Denver se trajo a este pequeño pueblo de montaña de doscientas almas. Mira, yo vivo ahí. ¿Ves el bloque que hay detrás de la iglesia de piedra? Algunos de nosotros rezamos ahí los domingos.

—¿Qué complejo? ¿Qué es este lugar?

La puerta se abrió. Apareció una joven, delgada, no muy alta, pálida y con el pelo muy corto y pelirrojo. Llevaba un mono rojo y azul chillón, con teléfonos y otros chismes metidos en los bolsillos. Era joven, veintiuno, veintidós años. La luz del día le hizo parpadear y miró con recelo a la mujer embarazada.

—Grace, esta es Holle Groundwater, una de nuestras candidatas más prometedoras. No es que eso sea decir mucho. Holle, te presento a Grace Gray, y a Gray hijo —dijo él mientras señalaba con torpeza la barriga de la mujer—. Está aquí para la selección. ¿Te importaría enseñarle cómo funciona todo?

—Claro que no. —Holle sonrió a Grace y extendió su mano para que se la estrechara. Pero ella pudo ver que su sonrisa era forzada.

—No te alegras de verme —dijo Grace sin rodeos.

Holle arqueó unas finas cejas sobre unos ojos azules como el mar.

—Es que ya hay suficiente gente compitiendo por un sitio y solo quedan unos meses. Lo último que necesitamos son más candidatos. —Su acento era suave, cantarín, quizá británico, desconocido para Grace. Entonces sonrió—. Por supuesto, no es culpa tuya.

—¿Un sitio? ¿Dónde?

Pero no obtuvo respuesta. Por lo visto, el secretismo era habitual. Holle estaba bien alimentada y parecía entusiasta e inteligente. Grace recordó cómo había sido ella a su edad, yendo de un lado para otro, con la piel de las plantas de los pies que parecía cuero, sin un gramo de grasa en el cuerpo y todo lo que poseía dentro de una mochila descolorida que llevaba a la espalda.

Puede que Gordo notara la tensión que había entre las mujeres. Se quitó la gorra y se pasó una mano por su entrecana cabellera.

—Escucha, Grace. Vas a tener que demostrar tus habilidades de alguna manera. Te voy a asignar una misión. Tenemos que resolver un delito.

—¿Qué clase de delito?

—Un asesinato —fue la respuesta de Gordo.

La palabra dejó a Grace estupefacta. Miró sin comprender hacia el bloque, hacia la cita de la Biblia, hacia la expresión atenta y capaz del rostro de Holle.

—No sé nada sobre investigación criminal. Teníamos policía en la Ciudad Caminante y en el *Arca* estaban los guardias de Nathan...

—Puedes empezar hablando con Holle. Averigua cómo empezó todo para ella. Quiero decir, llevas en el programa desde que tenías seis años, ¿no es así, niña?

Holle sonrió.

—Según mi padre, desde que fui concebida.

—Será una forma de que averigües en qué andamos metidos —dijo el hombre con una sonrisa—. Sí. Resuelve el crimen y gánate tu sitio. Dos pájaros de un tiro. No se me ocurren ideas con frecuencia, pero cuando me sobreviene alguna por lo general es buenísima. Ahora me tengo que poner a trabajar, en particular debo organizar la recuperación del alijo de semillas del barco hundido de Nathan Lammockson. Pero antes de irme... —Gordo rebuscó en uno de los bolsillos de la chaqueta y sacó un llavero con un colgante de adorno—. Reparto estos entre los hombres del Gobierno, o cualquiera que necesite algo de inspiración. Que es en lo que estamos trabajando.

Colocó el pequeño artilugio en la mano de Grace.

Ella levantó el llavero. El colgante era una esfera translúcida, azulada y de un centímetro de ancho más o menos. Incrustadas dentro de ella había dos esquirlas plateadas unidas por un trozo de hilo.

—¿Qué es esto?

—Pregúntale a Holle. Nos vemos luego, Groundwater.

Regresó a grandes zancadas a los coches y una vez más dejaban a Grace con un extraño.

—Por aquí... Grace, ¿verdad?

Holle la llevó al interior del edificio.

Dentro, el bloque estaba formado por pasillos, salas y centros de datos, envueltos en el zumbido del aire acondicionado. A Grace le recordaba a las instalaciones del *Arca Tres* de Lammockson, al puente de mando, a la sala de máquinas.

Las dos no se encontraron con nadie más hasta que el pasillo desembocó en una sala acristalada con filas de sillas, micrófonos, pantallas. A través del cristal, Grace vio una cámara más grande, excavada en el suelo de tal forma que miraba para abajo hacia hileras de personas sentadas delante de paneles de control, donde las pantallas brillaban con intensidad, y fluían textos e imágenes. Delante de ellos, en la pared frontal, había dos pantallas enormes. Una mostraba el mapa del mundo —los continentes en azul y el terreno elevado que quedaba en un verde intenso— con caminos trazados por encima. En la segunda pantalla unos círculos concéntricos rodeaban un puntito brillante, y cada círculo estaba etiquetado con un disco. El programa educativo *amateur* de Gary siempre había favorecido la ciencia. Grace comprendió que lo que tenía delante de ella era un mapa del sistema solar.

Holle la estaba mirando con curiosidad. Grace se sentía totalmente fuera de lugar en aquella cueva tecnológica; todavía llevaba la ropa que se había puesto esa mañana en el *Arca* y su lamentable colección de pertenencias se había perdido para siempre.

—Esto es la esencia de lo que hacemos —le explicó Holle.

—¿Qué es este lugar?

—El centro de control. En este momento estamos llevando a cabo un simulacro...

—¿Y esto?

Grace levantó la esfera del llavero.

—Nuestra nave espacial. —Holle sonrió, y en su espíritu competitivo se vio algo de compasión—. Vamos. Creo que te vendrá bien un café. Hablaremos de cómo mataron a Harry Smith. Y te contaré cómo empezamos todo esto.

2

2025-2041

Junio de 2025

Llovía en Denver; era un chaparrón constante e implacable que caía de un cielo gris y producía un sonido metálico al chocar contra las alas del avión que traía a Patrick Groundwater y a su hija a la ciudad; el agua brillaba en las pistas de aterrizaje y en los tejados esculpidos de los edificios de la terminal mientras él llevaba a Holle, de seis años, por el aeropuerto internacional, seguido discretamente de Alice Sylvan y el resto de su equipo de seguridad, y golpeaba el techo de los coches que los llevaban al centro de la ciudad a través de kilómetros de dispersión urbana atestados de campamentos de desplazados e instalaciones para la asistencia social. Bajo señales oxidadas de bifurcación, la interestatal estaba desierta a excepción de los coches de policía y del Gobierno, y solo algunos de particulares. Hacia el oeste, el contorno de la montaña era totalmente invisible.

Patrick había visitado Denver hacía tiempo, cuando era un adolescente, de camino a Aspen para ir a esquiar. Eso fue antes del cambio de milenio, puede que quince años antes del comienzo de la inundación. Recordó la dificultad al respirar, y hoy el aire estaba igual de enrarecido. Por aquella época no llovía en absoluto, a excepción de un par de tormentas intensas que habían sido en cierto modo divertidas, no como este constante e implacable chaparrón. Pero desde entonces el mar había subido doscientos metros a partir de su nivel normal, el aire era caliente y húmedo, y uno no esperaba escapar de la lluvia ni siquiera en la ciudad que se situaba a una milla por encima del nivel del mar. Bueno, Thandie Jones le contaría mañana todo eso a Patrick y a los demás multimillonarios de la LaRei allí reunidos.

Nada de lo que dijera Thandie desviaría ni una sola gota de lluvia de la cabeza de su hija. Pero en Denver esperaba encontrar a gente que pensara hacer algo al respecto.

En el hotel, fueron recibidos por sonrientes mozos de equipajes con botas de lluvia y paraguas.

La primera impresión que le dio el Brown Palace a Patrick lo tranquilizó. Situado en un peculiar triángulo de tierra donde chocaban dos sistemas de trazado de calles, le

recordaba, por muy extraño que pareciera, a un transatlántico hecho de granito rojo y arenisca. Dentro, un atrio se elevaba ocho pisos. Mientras Alice llevaba a cabo los trámites en recepción, Holle corría de un lado a otro por el pulido suelo, señalando las columnas de ónice dorado y levantando su carita para ver con los ojos abiertos como platos las afiligranadas barandillas y el techo de vidriera, desde el que colgaba una enorme bandera norteamericana. En un mundo que se desmoronaba lentamente, uno podía confiar en que una mole de la época victoriana con aspecto de iglesia como el Brown siguiera estando en pie y siendo cómodo mientras construcciones más nuevas de cristal y hormigón armado se derrumbaban. Además, estaba a solo unos cientos de metros del centro cívico de Denver, donde había quedado por la mañana con Nathan Lammockson y el resto de la gente de la LaRei.

La suite de Patrick tenía todo lo necesario para que Holle estuviera contenta: un minibar apto para niños, un saco de red con libros y juguetes y pantallas con toda clase de diversiones. Había carteles en los que se pedía que se ahorrara agua. El tiempo en Denver siempre había dependido de la lluvia en las montañas Rocosas y, aunque ahora el clima era mucho más lluvioso, la alteración de los patrones de lluvia y el aumento de la población hacían que el abastecimiento del agua fuera inestable.

Una de las pantallas de televisión estaba sintonizada permanentemente en un canal de noticias, transmitidas por la Rocky Mountain News, un antiguo periódico que ahora hacía de emisora. Sobre una cinta de teletipo móvil con titulares más o menos funestos, el canal mostraba imágenes del último desastre, en este caso una especie de guerra civil que había estallado en los alrededores de Alice Springs, Australia, cuando los residentes se negaban a que el Gobierno federal reasentara a los refugiados que venían de las regiones inundadas de Victoria, Nueva Gales del Sur y Australia Meridional.

Holle jugaba delante de la televisión examinando los juguetes. Parecía inmune al bombardeo de horrores en las noticias, como a él le habían parecido irreales los diferentes desastres del mundo cuando era un niño en el ya hacía tiempo perdido siglo xx. Había decidido que era mejor no ocultarle las cosas. Lo más probable era que la vida de Holle la determinaran las malas noticias. A él le gustaba pensar que Linda habría apoyado su decisión, pero nunca lo sabría.

Esa noche llevó a su hija a cenar a uno de los elegantes restaurantes del hotel. Los camareros la mimaban mientras le servían con elegancia una versión para niños de una paella. Fue una petición especial de Patrick, una especie de comida reconfortante y casera, un plato que le solía hacer su madre. Después, de vuelta en la habitación, jugó con ella a las cartas, le dejó ver un par de capítulos de *Friends* en la televisión y le leyó hasta que se quedó dormida.

Entonces él abrió su portátil y leyó sus mensajes.

Los grandes proyectos de construcción que se estaban llevando a cabo en las Grandes Llanuras marchaban bien, aunque unos refugiados descontentos por haberlos asentado ahí los llamaban con amargura «Friedmanburgs».¹ Remitió el asunto a su departamento de Relaciones Públicas para que lo aconsejaran.

¹ N. de la t.: En alemán en el original.

Patrick también estaba metido en la explotación minera a cielo abierto de las arenas bituminosas de Athabasca en Alberta, que iba a un ritmo trepidante. En Colorado, por toda la ladera occidental, ya estaban explotando de forma intensiva petróleo, carbón, gas y pizarra bituminosa. Aunque el pillaje de Alberta era a una escala diferente. Supuestamente lo había autorizado el Gobierno canadiense trasladado a Edmonton, pero eso era una tapadera. El Gobierno federal estadounidense en Denver pretendía extraer el mayor número posible de los cientos de miles de millones de barriles de petróleo que se podía encontrar en el betún antes de que los mares lo taparan todo, algo que no tardaría muchos años en ocurrir si los expertos más pesimistas estaban en lo cierto. El objetivo del Gobierno era asegurar su posición a corto plazo y tener una base para la recuperación nacional cuando llegara el tan esperado día en el que las aguas retrocedieran. El daño ya hecho a la ecología y al medioambiente y demás era lamentable. Pero los hombres ricos que estaban en el lugar adecuado, como Patrick Groundwater, se estaban enriqueciendo aún más. Nunca se había imaginado que se encontraría desempeñando ese papel. Pero alguien tenía que hacerlo y él intentaba cumplir concienzudamente con lo que entendía que era su responsabilidad. Así era como funcionaba el mundo.

Un suave ronquido le dijo que Holle estaba durmiendo profundamente. Fue a echarle un vistazo, la arrebujó con su manta y se aseguró de que su ángel estuviera apagado. Y volvió al trabajo.

A la mañana siguiente, la niña Holle lo despertó a las seis, como siempre. Para enorme alivio suyo, no estaba lloviendo y el sol estival intentaba abrirse camino entre las altísimas nubes. A las ocho ya habían terminado el desayuno que habían pedido al servicio de habitaciones.

A pesar de las protestas de Alice Sylvan, decidió ir a dar un paseo y hacer un poco de turismo; tenían un par de horas antes de la reunión con Nathan Lammockson en la biblioteca pública de la ciudad. Holle habían pasado la mayor parte de su corta vida en urbanizaciones cerradas. Sería enriquecedor para ella ver algo que se pareciera a una ciudad en funcionamiento. Así que cogió lo básico para un niño, pañuelos de papel, un libro, un par de juguetes, el ángel de Holle, una cantimplora y lo metió en una bolsa. Holle llevaba un vestido de tirantes y después de ponerle protector solar en los brazos y en la cara y un sombrero rosa en la cabeza se pusieron en marcha.

Partieron con el equipo de Alice dispersado a su alrededor y abriéndose paso entre la multitud vespertina por Tremont Place hacia el centro comercial de la calle Dieciséis. Los edificios tenían los cristales rotos y la pintura desconchada; los espacios verdes se habían destinado al cultivo de patatas y alubias, y los árboles hacía tiempo que se habían talado para hacer leña. No se veían muchos coches por las amplias avenidas —más bien tanques o vehículos blindados—, pero sí estaban llenas de peatones, bicicletas y bicitaxis que pasaban por delante de semáforos desconectados ya hacía tiempo.

El paseo era una línea recta de tiendas, antes una zona peatonal, con vías de tranvía oxidadas y tocones de árboles.

Ya no había trolebuses que llevaban a la gente que iba de compras, sino vehículos pesados de la oficina del *sheriff* y la policía que recorrían lentamente la calle, gritando

de vez en cuando órdenes por los megáfonos. A Patrick le llamó la atención la cantidad de militares y agentes de seguridad que estaba viendo. Se imaginó que estaban usando el paseo de pasillo de control, desde el centro financiero hasta quizá Lower Downtown.

El paseo se desarrolló prácticamente sin incidentes, salvo por una hilera de personas sin hogar acampada bajo montones de mantas y cartones en las entradas a los edificios, algunas de ellas familias con hijos. La policía y los agentes de Seguridad Nacional comprobaban a pie los permisos y la identificación biométrica de los desplazados, para asegurarse de que no habían entrado más ilegales en la ciudad durante la noche. Los voluntarios repartían tazas de alubias, arroz y agua caliente.

Algunas de las tiendas seguían funcionando. Las tiendas de comida y los restaurantes vendían casi exclusivamente productos de la zona. En los otros escaparates se veían aparatos electrónicos restaurados y reparados, ropa y accesorios, zapatos y abrigos, incluso libros, todo ello reciclado o recuperado de las ciudades anegadas. Patrick encontró reconfortante la existencia de las tiendas, una señal de que estaba en una ciudad que todavía funcionaba, en contraste con el caos que reinaba en las regiones del país que habían sobrevivido. Pero si algo del carácter original de Denver había durado hasta el siglo XXI, cualquier cosa de sus orígenes como puesto comercial del oeste, la afluencia de refugiados lo había borrado todo. Sin comprar nada, siguieron caminando.

Llegaron a la calle California y bajaron por ella hacia el centro de convenciones Colorado. Este edificio había sido transformado en un campamento para la admisión de refugiados, y en las calles circundantes se veían largas colas. Los desplazados, de lejos, parecían grupos grises de miseria, como lo habían sido siempre. Se acercaba la hora de la reunión y, siguiendo a Alice, giraron por la Catorce hacia el parque del centro cívico. Cuando intentaban atravesar la avenida Colfax, la principal arteria de la ciudad, que la cruzaba de este a oeste, tuvieron que atravesar un cordón que la policía y destacamentos militares habían colocado alrededor del centro cívico.

Patrick llevó a su hija por delante de los edificios monumentales que rodeaban el parque: la casa de la moneda, el ayuntamiento y la biblioteca pública donde Thandie Jones iba a dar su sesión informativa. El museo de arte era especialmente llamativo y Holle se quedó mirando sus formas geométricas angulares, como si fueran ensayos hechos con papiroflexia abandonados por un gigante. Unas vetas de óxido recorrían los finos paneles de metal, las ventanas estaban entabladas y las vallas publicitarias, vacías. La inundación había hecho que todas las grandes ciudades de la Tierra que no habían sido anegadas, se quedaran congeladas más o menos en el año 2015, con excepción de las construcciones de emergencia que se habían llevado a cabo para hacer frente a la avalancha de refugiados. Eso fue hace una década, y a los edificios como el museo, que habían sido abandonados o se dedicaban a un uso para el que no habían sido diseñados, se les estaba empezando a notar los años.

Denver, la ciudad más grande a mil kilómetros a la redonda y un enlace clave en el transporte y la comunicación, había sido un centro federal importante mucho antes de la inundación. Desde que la capital se hubiera trasladado allí después de que Washington fuera anegada seis años atrás, las propiedades que rodeaban la ciudad habían sido requisadas por los principales departamentos del Gobierno. La presidenta Vásquez, la primera en ser elegidas tres veces seguidas desde Roosevelt, se había mudado a la mansión del gobernador. Daba la casualidad de que Patrick sabía que este llevaba muchos de sus

asuntos del Gobierno se llevaban en un sitio más seguro, un antiguo centro regional de operaciones de la FEMA, un búnker de dos pisos renovado y modernizado para tal propósito. Incluso había embajadas, algunas de países anegados, con sus banderas que colgaban mustias en el aire de la mañana. A Patrick le parecían reliquias lastimosas.

En este centro cívico, sin embargo, uno tenía la sensación de estar en una gran capital, de la misma manera que Patrick recordaba Washington en los viejos tiempos. Había personas con traje por todas partes, muchas de ellas hablando al aire o con la expresión ausente característica de los usuarios del ángel. Él se imaginaba que eran miembros de algún grupo de presión, burócratas, funcionarios de todas las categorías, y quizá incluso congresistas y senadores. Patrick tenía la sensación de que todos los recursos se dedicaban a este lugar, de que en esta ciudad se concentraba una enorme cantidad de energía y determinación; era el nuevo refugio para el espíritu de Estados Unidos y una base para una futura recuperación. La mismísima presidenta estaba en Denver. Si uno no estaba seguro aquí, ¿dónde lo iba a estar entonces?

Dos helicópteros pasaron cerca de sus cabezas con un ruido estrepitoso. Holle chilló y empezó a dar saltos de emoción.

La niña estaba encantada con el capitolio del estado, una estructura de dieciocho pisos con columnas griegas, una rotonda y una cúpula dorada, que brillaba bajo la acuosa luz de la mañana. Subió los escalones de piedra del capitolio dando saltos y contándolos hasta que llegó al número dieciocho, donde había algo grabado, y Holle lo leyó con mucho esmero:

—«Una milla sobre el nivel del mar.» ¿Es eso verdad, papá?

—Sí, cariño. Una milla, justo aquí.

Una voz áspera los interrumpió.

—Bueno, una milla menos seiscientos pies más o menos. Tendrían que corregir esa placa. Eh, George, AxyCorp debería encargarse de eso...

Un hombre fornido, bajo y puede que de unos cincuenta y tantos años bajaba los escalones hacia ellos. Tenía el pelo canoso y rapado y su carnosa nariz y su papada brillaban por el sudor. Tenía acento británico, de Londres o Essex quizá. Detrás de él iban dos personas: un hombre negro, alto y tranquilo, y el otro bajo y nervioso.

—Patrick Groundwater, perro viejo. Me alegro de verte otra vez. —Le extendió una mano.

Era Nathan Lammockson.

Holle se había quedado de pie y miraba atentamente hacia arriba dentro del círculo que habían formado los cuatro hombres.

Nathan presentó a sus compañeros.

—George Camden, uno de mis hombres de más antigüedad en AxysCorp.

Camden era un hombre negro, delgado, seguro de sí mismo y aparentemente capaz; él le devolvió la mirada a Patrick. Llevaba un mono de AxysCorp, con el famoso logo de la corporación, la Tierra sostenida por una mano ahuecada, estampado en el pecho. Igual que Alice con Patrick, se quedó detrás, en silencio, vigilante.

—Y Jerzy Glemp.

Glemp, rechoncho, con pelo graso canoso y unas gafas pasadas de moda posadas en una delgada nariz, era nervioso, muy serio y tenía la palma de las manos húmedas. Llevaba un traje de aspecto tieso.

—Señor Groundwater. Encantado de conocerlo. —Tenía un acento fuerte, de Europa del Este o Rusia. Cuando sonrió, se le arrugaron los carrillos, con barba de tres días—. He oído hablar de usted a través de Nathan, cómo usted fue uno de los que expresaron su preocupación ante la reacción que tuvo el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático en 2018 en Nueva York.

2018, el año en el que la inconformista oceanógrafa Thandie Jones presentó al IPCC sus conclusiones sobre el estado del mundo y estas fueron acogidas por los científicos con lo que a Patrick le pareció un escepticismo injustificado, y en los meses y años siguientes con negativas y evasivas de sus expertos políticos.

—Sí, estuve allí... y fue allí donde nos conocimos, ¿no es así, Nathan?

Este sonrió de oreja a oreja y le dio una palmadita en el hombro.

—Después de la sesión, me aseguré de que entrara en la LaRei en ese mismo momento. Qué demonios, si pude ver enseguida que era un hombre de recursos y con visión de futuro, la clase de hombre que ve más allá de las tonterías y las falsas esperanzas, y piensa a largo plazo y sabe manejar la situación. Y tenía razón, ¿no es así, Patrick? Fue después de esa reunión cuando empezaste a comprar toda esa tierra en las Grandes Llanuras, y qué decisión tan inteligente. Y eso es lo que quiero conseguir hoy... eso es lo que todos queremos. Un nuevo rumbo.

—Así que ahora estás en Perú.

—Sí. Pensarás que tendría que estar acostumbrado al sol. —Se secó el sudor de su regordeta frente—. Debería haberme puesto protección solar. Algunos días uno casi echa de menos la lluvia. Pero llueve como en Mánchester, incluso en los Andes.

—Señor Groundwater, usted es de origen escocés, ¿no es así? —le preguntó Jerzy Glemp.

—¿Sigue siendo tan fuerte mi acento? —Pero seguro que Glemp lo sabía por los archivos de Nathan—. Nacido y criado en las islas Orcadas, de una antigua familia local. Llevamos a Holle allí una vez. La dejamos gatear por el Anillo de Brodgar, para que pudiera decir que estuvo donde crecieron sus antepasados. Solo tenía unos meses. Pero ahora el lugar está inundado, cada una de sus islas. Así que somos unos desarraigados.

—Como la mayoría de nosotros. Y su esposa...

—Una chica de la zona —respondió Patrick—. Murió hace un año, de cáncer.

Los hombres parecían incómodos.

—No pasa nada. Holle ya lo sabe.

La niña miró a Glemp.

—¿De dónde es él?

Glemp se rió.

—No te hemos estado haciendo caso, ¿verdad? Tiene su misma tez —le dijo a Patrick—. Y su mismo acento encantador. Soy de Polonia.

—¿Dónde está eso?

Patrick iba a explicárselo, pero Glemp lo interrumpió.

—No está en ninguna parte ahora. Está bajo el mar. Para que jueguen los peces.

—Qué divertido eres.

—Oh, gracias. Sabes, hoy vamos a asegurarnos de que cuando seas grande tus hijos tengan un lugar en el que puedan jugar.

—¿En vez de los peces?

—En vez de los peces. Efectivamente.

—Qué divertido eres.

—Trabaja para la empresa Eschatology. Siempre es así. Pero lo queremos. Bueno, esperemos que esté en lo cierto.

La biblioteca pública era un choque de épocas, un bloque de arenisca y cristal de los años cincuenta pegado a otro bloque de ladrillo rojo de los noventa: otra vieja estructura que llevaba una década o más sin ser restaurada. Tuvieron que atravesar otro cordón de seguridad para entrar, operado este por la LaRei y mucho más duro que los de la policía y los militares.

Se había dispuesto una zona abierta en el primer piso de la biblioteca para la conferencia, con unas hileras de sillas plegables montadas delante de un estrado. Era un ambiente familiar, pensó Patrick, como si fuera una reunión municipal para discutir solicitudes de obra. Pero unas sombras estaban sentadas detrás del bloque de sillas, como Alice y Camden, escoltas y guardaespaldas. Y puede que de las cincuenta sillas, unas veinte más o menos ya estaban ocupadas por hombres y mujeres, muchos de los cuales Patrick reconoció inmediatamente de medios de comunicación y conferencias anteriores, y a

otros de conocerlos en persona. Había gente en esta sala que podía haber comprado y vendido a Patrick e incluso a Nathan Lammockson una docena de veces.

Era la LaRei, una sociedad hermética y exclusiva que fue fundada en los años anteriores a la inundación como fuente de contactos para buenos colegios, exclusivos lugares de vacaciones y productos fabulosamente caros como relojes y joyas, y ahora se había convertido en una especie de red de personas extremadamente ricas obsesionadas con la supervivencia ante una futura catástrofe. LaRei, donde un valor neto de mil millones de dólares no te podría llevar siquiera hasta la puerta; sin el patrocinio de Nathan, Patrick no estaría aquí.

Y delante, al lado del estrado, había una mujer negra, delgada, de unos cuarenta años, que llevaba un estropeado mono que alguna vez pudo haber tenido el color azul de AxysCorp. Estaba colocando una bola de cristal, un sistema de proyección tridimensional que mostraba una imagen de la Tierra girando. Patrick reconoció a Thandie Jones.

Holle estaba distraída con el hermoso globo terráqueo, cuya luz azul se proyectaba desde la pulida madera de la biblioteca y las hileras de libros sobre las estanterías. Pero enseguida se aburrió, como Patrick se esperaba. Dejó que se sentara en el suelo y sacara los libros de su bandolera para explorar lo que había dentro. Cuando consiguió encender su ángel, antes de que ella posara el dispositivo, Patrick empezó a oír unos compases de música en su cabeza. En este momento, el tema favorito de la niña era «Graceland» de Paul Simon. Nadie creaba música ya, pero eso a Holle le daba igual; estaba desarrollando sus propios gustos revisando la colección de Patrick, toda ella tan novedosa para su hija como si hubiera sido escrita ayer.

Entonces Holle se dio cuenta de que había una niña rubia más o menos de su edad sentada al otro lado de la sala. Se miraron fijamente como si los adultos que estaban a su alrededor fueran igual de lejanos e irrelevantes que las nubes.

Un hombre corpulento, blanco, de unos sesenta años, sin pelo, con el rostro redondo y pálido, estaba de pie delante de Thandie.

—¿Está preparada, doctora Jones?

Se volvió hacia el público.

—Creo que ya me conocéis todos. Soy Edgard Kenzie, presidente de LaRei. —Tenía un marcado acento de Chicago. Hablaba sin amplificación, aunque el grupo era tan pequeño y la biblioteca vacía tan silenciosa que a Patrick no le costaba oír—. Es posible que no conozcan a mi pequeña, Kelly. —Señaló a la niña que estaba jugando con Holle—. Pero en cierto modo ella es el motivo por el que estamos aquí.

Patrick observó que el hombre tenía los dedos rechonchos y fofos con las puntas amarillas de la nicotina, algo extraño y atávico.

Kenzie continuó:

—Muchos de nosotros oímos a la doctora Jones hablar al IPCC hace siete años. Bueno, como conciudadano de Chicago he seguido desde entonces su carrera y los informes que ha realizado, y puedo decirles que todas las predicciones que ha hecho se han cumplido, poco más o menos, y todas las predicciones que muchos de nosotros hicimos sobre la pasividad de nuestros gobiernos se han cumplido también, para nuestra consternación. Le hemos pedido que nos hable de nuevo, que nos ponga al tanto de su charla con el IPCC, por así decirlo. Y después me gustaría sugerir qué deberíamos hacer a partir de ahora. Doctora Jones.

Y se sentó con los brazos cruzados, atento.

Thandie miró a la sala. Tenía un aspecto fuerte, curtido, el de una científica.

—Gracias. Soy Thandie Jones. Mis especialidades son la oceanografía y la climatología. Oficialmente estoy adscrita a la NOAA, la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica de Estados Unidos, que por casualidad tiene una oficina en Boulder, Colorado, así que sigue todavía por encima del nivel del mar creciente. Estuve presente en una de las primeras inundaciones destacables que tuvo lugar en Londres en 2016, y desde entonces he sido testigo de algunos de los dramáticos acontecimientos que siguieron, muchos de ellos catástrofes hidrológicas sin precedente en la historia...

Habló sobre una comunidad mundial de climatólogos y otros especialistas que observaban el rápido desarrollo de los acontecimientos. Seguía habiendo publicaciones

oficiales, si se les podía llamar así, se seguían dando seminarios, seguía existiendo algo parecido al método científico. Pero, en general, lo único que se podía hacer era anotar los enormes temblores de la Tierra cuando ocurrían e intentar adivinar qué vendría después.

—Me pagan para que cree modelos de predicción del océano y del clima, para que ayude al Gobierno de Denver en su planificación para el futuro. Como supongo que ya saben, soy conocida por especular sobre la causa de la inundación global y sus consecuencias finales.

Se giró hacia su bola de cristal giratoria, una Tierra tridimensional, una ilusión óptica creada por pantallas, lentes y espejos que daban vueltas, y proyectores múltiples. Patrick recordó que ella había usado un visualizador similar en 2018 y se preguntó si sería el mismo. Era muy probable que sí.

—Esta es la Tierra tal y como la conocíamos antes de que comenzara la inundación, allá por 2012. —Era la imagen de un mundo sin nubes, con la familiar forma marrón grisácea de los continentes recortada en el océano azul—. Y aquí es donde vivimos ahora.

Le dio a un botón.

Los océanos brillaron y crecieron, y la tierra desapareció. El agua ocultó franjas de China y atravesó el norte de Europa hasta Rusia, y en Sudamérica entró hasta el Amazonas. Patrick dirigió su mirada hacia Gran Bretaña, donde había desaparecido la mayor parte del sur de Inglaterra y el resto del país había quedado reducido a un archipiélago de tierras altas.

En Estados Unidos, el implacable mar había borrado Florida y había ido tierra adentro anegando los estados de la costa este hasta Maine y los de la costa del golfo hasta llegar a Kentucky. Hacia el oeste, el océano había entrado hasta los valles de California. Importantes ciudades se habían perdido y abandonado: Nueva York, Boston, Nueva Orleans e incluso Washington D. C. Y al haberse perdido tanto de la parte este de la antigua meseta de Ozark había habido un desplazamiento de población masivo. Estados Unidos era tan terriblemente joven, pensó Patrick. No había pasado mucho más de doscientos años desde que los colonos europeos habían cruzado por primera vez el continente, y no mucho menos desde las grandes migraciones hacia el oeste en busca de tierra y oro. Ahora otra gran huida estaba en marcha.

Thandie continuó:

—No es necesario que exponga en detalle a este grupo el trastorno económico que esto ha provocado, ni la tremenda tragedia humana. Hace unos meses visité un enorme campo de refugiados a las afueras de Amarillo, Texas. Pero sí me gustaría señalar cómo demuestra esto la exactitud de mi modelo científico. Cuando hablé al IPCC en 2018, la inundación había alcanzado apenas los trece metros de media sobre el antiguo nivel del mar. En ese momento, el consenso científico fue que la inundación no podía superar los ochenta metros más o menos, porque esa era la cota superior del derretimiento de los campos de hielo. Bueno, tal y como predijeron mis modelos en aquel entonces, hemos alcanzado una subida de unos doscientos metros. La subida gradual está en la actualidad en unos treinta metros al año, y sigue una curva exponencial. Parece que está claro que lo peor está por

llegar, a pesar de las negativas de la comunidad científica y de los gobiernos. Con respecto al origen de la crecida hemos seguido reuniendo datos y de nuevo cada uno de ellos ha confirmado mi modelo provisional de 2018.

Thandie había establecido que la subida del nivel del mar no la provocaba el derretimiento del hielo sino las eyecciones de mares subterráneos, de reservas de agua almacenada dentro de la Tierra. Había mostrado imágenes sacadas de exploraciones submarinas de fuentes vastas, turbulentas y subterráneas, lugares donde un agua caliente cargada de minerales se abría paso a través del sustrato, procedentes de las profundidades de la mismísima Tierra rocosa.

Nadie sabía por qué precisamente ahora se rompían esas reservas profundas de aguas. En el pasado ya había habido cambios drásticos y bruscos en el estado climatológico de la Tierra. Puede que esta fuera otra de esas transiciones drásticas pero naturales. O puede que fuera culpa del hombre.

—Pero en realidad no importa la causa —continuó Thandie— y resulta inútil buscar culpables. Fuera cual fuera la causa, tenemos que ocuparnos de las consecuencias. Y a partir de este momento, no sabemos cuáles serán esas consecuencias. Hasta ahora ha habido precedentes que nos han servido de guía. En el periodo cretácico, por ejemplo, cuando todavía existían los dinosaurios, la Tierra era más cálida y húmeda y los niveles del mar eran mucho mayores. Ahora estamos sobrepasando esos precedentes. Pronto llegaremos a un periodo en el que el nivel de los océanos sea el más alto desde la formación de los continentes hace dos mil millones de años.

»Sé que el Gobierno federal y otras agencias continúan planificando partiendo de la base de que las aguas se retirarán, de la posibilidad de una recuperación. Varios departamentos están trabajando en planes para la recolonización ordenada de regiones antes anegadas, por ejemplo. Tengo que decir que no veo razón alguna por la que las aguas dejarán de subir en un futuro inmediato. De hecho, nos resulta difícil decir cuál sería el límite de la subida del nivel del mar. Yo creo que si las cámaras subterráneas que hemos descubierto liberan toda su agua, los océanos serán de un volumen cinco veces superior al que tenían en 2010. Aunque, por supuesto, habremos perdido toda la tierra de nuestro planeta antes de llegar a ese límite.

Después de una exposición tan directa, se quedó en silencio.

Edward Kenzie asintió con la cabeza.

—Entonces, doctora Jones, ¿qué cree usted que deberíamos hacer?

Ella se encogió de hombros.

—Tienen tres opciones, según lo veo yo. Pueden planificar una vida en el mar, debajo de él o, por último, lejos de la Tierra. —Patrick se encontró asintiendo ante esto último—. Ah —siguió Thandie—, y tienen unos quince años para elegir cuál y llevarla a cabo.

—¿Por qué quince años?

—Porque en quince años Denver estará anegado. —Miró a su alrededor, a la vieja biblioteca, al polvoriento silencio, al aire iluminado por el sol—. El agua llegará aquí. Supongo que sea lo que sea lo que vayan a hacer, tienen que empezar ahora. ¿Alguna pregunta más?

Después de quince minutos de preguntas razonablemente bien fundadas por parte de los miembros de la LaRei, se acabó la reunión y Thandie comenzó a recoger su equipo.

—Una cuestión más —dijo Patrick—. ¿Cuáles son sus planes de futuro, doctora Jones? Ella sonrió.

—Seguir observando. Están sucediendo acontecimientos que nadie había presenciado antes y que nadie volverá a presenciar. No puedo tener hijos. No tengo ningún interés en el futuro. Con el presente tengo bastante.